

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA



I.E.S. JUAN DE LA CIERVA

Nº 6: EL TIEMPO

CURSO 2010 - 2011

Amor fati

Benito Arias García

En un ensayo de 1820 gráficamente titulado “Decepción”, **William Hazlitt** pone voz a la actitud diríamos que normal (es decir, pesimista) ante el desarrollo temporal de la vida, ante el progreso ineluctable de la edad. Por ejemplo, compara la juventud con la primavera, la esperanza, la lucha y el camino infinito, y acumula tantos tópicos en un solo párrafo que uno tiende a pensar que han de ser verdaderos. En la juventud no medimos el esfuerzo, nada nos parece demasiado difícil, y aunque sólo vemos nubes en el cielo



suponemos que más allá lucirá el radiante sol. Sin pausa, la vida sigue, y conforme nos aproximamos a la meta el impulso va cediendo. No es que desesperemos de alcanzar nuestro objetivo, es que comprendemos que “no hay nada digno de ser logrado”, dice Hazlitt. Al final vacilamos al dar los últimos pasos que nos quedan, llega el último esfuerzo y nos alegra comprobar que se acaba la tarea.

Si el acento en las edades se sitúa sobre la última de ellas, va a resultar difícil celebrar la vida con tono optimista. En unas notas hace poco rescatadas, **Arthur Schopenhauer** abrevia y divide la vida humana en dos mitades. En la primera nos hallamos marcados por la esperanza y el deseo, perseguimos la felicidad convencidos de que ésta es posible, lo que paradójicamente nos hace más y más desgraciados. En la segunda ya estamos sumidos en el desengaño, hemos rebajado nuestras aspiraciones y lo

que nos preocupa es la posibilidad del infortunio, de modo que nos conformamos con la ausencia de dolor, conscientes de que éste, al contrario que las ilusiones anteriores, sí es plenamente real. El autor de la célebre metáfora según la cual la vida oscila como un péndulo entre el tedio y el aburrimiento, no aclara aquí si llegaremos a algún oasis en que sin estar hostigados por la



sed de felicidad, ni desengañados y aturdidos por el miedo al dolor, podamos vivir más o menos tranquilos y felices; pero en *Parerga y Paralipomena* parece situar un momento parecido alrededor de los treinta y cinco, hasta los cuarenta y pico o cincuenta. Los cuarenta, de hecho, es una edad múltiple, en la que se mezclan todas las tendencias: nos dedicamos a lo útil, vivimos domésticamente, sabemos lo que necesitamos... Lo malo es

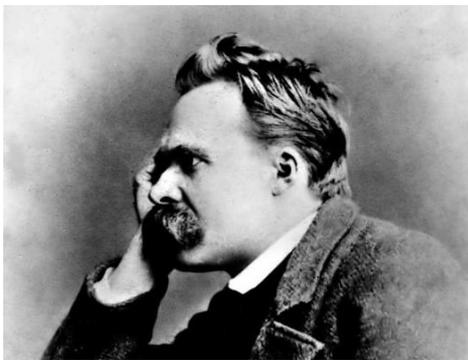
que con los cincuenta llega un período en que uno se siente feliz de haber sobrevivido a muchos de sus contemporáneos, sugiere Schopenhauer con bastante mala uva, y tras este paréntesis ya llegan los sesenta, cuando la vida empieza a estar, digámoslo así, completa.

Tenemos que ir a tiempos más antiguos para dar con una filosofía de las edades que sea no diremos optimista, pero al menos no-pesimista.



Michel de Montaigne es un sabio, y habla mucho de este tema, porque al fin y al cabo ha dado como consigna de la filosofía enseñar a morir, siguiendo en ello a Cicerón y antes de éste a Sócrates. En el trabajo final del primer volumen de *Los ensayos*, el titulado “La edad”, nos hace ver lo relativo que es todo a este respecto. Recuerda a su amigo La Boétie que a punto de cumplir los treinta y tres años, y en el lecho de muerte, aseguraba haber vivido ya bastante, o a Catón el Joven, reprochando a quienes pretendían evitar que se quitara la vida que juzgasen insuficiente la edad alcanzada: cuarenta y ocho años. Llamamos natural a la muerte más infrecuente, dice Montaigne, la de viejo, como si no fuera natural partirse el cuello en una caída o sufrir una enfermedad incurable. Lo extraño no es morir, podríamos terminar, sino seguir con vida.

Naturalmente, los tiempos han cambiado, la longevidad hoy en día no es la de hace uno o cuatro siglos. Sin embargo, la enseñanza se mantiene, al margen del momento concreto en que consideremos llegada la “senectud”: ¿Cuándo estaremos dispuestos a admitir que físicamente hemos vivido suficiente? Por un Catón el Joven habrá hoy en día millones que pensemos “nunca”. Y sin embargo, en tiempos más heroicos se despreciaba



el obstinado afán de perduración. Para revivir esa actitud habría que dejar atrás el pesimismo del XIX que hemos heredado. Pues bien, un heroísmo llevado al extremo propone un admirador de Montaigne y liquidador del nihilismo del XIX, **Friedrich Nietzsche**, quien corrige en profundidad el pesimismo de Schopenhauer. A este fin se sirve, según cuenta en su autobiografía *Ecce Homo*, del pensamiento del eterno retorno, una idea que le llegó en agosto de 1881. Según la primera nota de trabajo en que lo aborda, lo describe de este modo: “*El eterno retorno de lo idéntico*. Importancia infinita de nuestro saber, de nuestro errar, de nuestros hábitos y modo de vivir, para todo lo venidero”. El eterno retorno no es solo la convicción de que la configuración física de un mundo finito está condenada a la repetición en el tiempo, sino una metáfora de la vida enriquecida. El eterno retorno de todas las cosas es expresión del *amor fati*, del amor dionisiaco a la vida, lo que no es exactamente igual al *carpe diem* horaciano (la sentencia del genial epicúreo deja un regusto de angustia y huida ante lo que se avecina en el horizonte). El *amor fati* nietzscheano es amor al destino en sentido griego, tanto hacia lo

que nos pasa como a lo que hacemos, tanto por la suerte como por el carácter, que son los contrapesos de la vida, es “no querer que nada sea distinto, ni en el pasado ni en el futuro, ni por toda la eternidad”. ¿Habrá una actitud más deseable para la vida, en cualquiera de sus edades y circunstancias? Al menos, no es conformista, ni idílica, se sitúa más allá o más acá del optimismo y el pesimismo, e implica mantenerse sobre las brasas de la vida y abocados a lo problemático sin querer otra cosa. Es como amar a alguien que nos hace dudar, viene a decir Nietzsche en *La gaya ciencia*. Desde luego, pocas veces se vive más intensamente que en tales circunstancias. El *amor fati* es amor al instante, y no porque se vaya para no volver, sino porque ha de regresar infinitas veces.



El Tiempo, ¿realidad física o invención del hombre?

Lucía Centeno, Juan Carlos Aguilar, Javier Pérez,
Laura Escaño, Claudia Pérez, Antonio Jesús Peláez, Yanina
Paola Peralta, alumnos de 1º Bachillerato D.

Coordinador: Santiago Herrera, profesor de
Física.



¿Existe el tiempo? ¿Qué es el tiempo?
¿Va siempre al mismo ritmo? ¿Por qué somos
esclavos del reloj? ¿Hay un principio o un final
de los tiempos? ¿Miden nuestros relojes el tiempo
a la misma velocidad según la altura o la presión
gravitatoria a la que nos encontremos? ¿Son
todos los segundos igual de largos? ¿Cuántos

tipos de tiempo hay?

El concepto de tiempo, ligado a la sensación del mismo, ha cobrado una importancia gigantesca en nuestras vidas. La noción de su presencia nos distingue, en primer lugar, de otros mamíferos y seres vivos que experimentan el tiempo sin hacerlo consciente.

El tiempo físico

El tiempo es una magnitud física con la que medimos la duración o separación de acontecimientos y sistemas sujetos a cambio, es decir, el período que transcurre entre el estado del sistema cuando aparenta un estado diferente al originario con un cambio perceptible a un observador.

Es la magnitud que permite ordenar los sucesos en secuencias, estableciendo un pasado, un presente y un futuro, y da lugar al principio de la causalidad, axioma del método científico.

Su unidad básica en el Sistema Internacional de Medidas es el segundo.

El tiempo psicológico

Los esfuerzos de los físicos en separar el mundo objetivo del mundo subjetivo se han desmoronado como una Torre de Babel porque la incidencia del propio tiempo que mide los experimentos provocó la aparición de inconsistencias e incertidumbres que solo se explicaron desde esta perspectiva:” el aparato observador y sus circunstancias condicionan el resultado de su propia observación”.

Pero en ámbito más cotidiano, el tiempo se deja sentir en la experiencia interna como un proceso de información en el que interviene la memoria. Pero también la intensidad del momento puede enlentecer o apurar la sensación de vivir un lapso en el reloj. En una sala de espera, el tiempo se hace eterno, tortura a los ansiosos, mientras que, cuando se está disfrutando a pleno, deseando no termine

jamás, como un castigo divino, se nos va la hora y captamos lo efímero de lo bello.

El cerebro reconoce un recuerdo real con la misma intensidad que un recuerdo soñado, no lo diferencia. Como la información se guarda con extensiones de tiempo puede soñarse un año en 10 minutos y se guardará como un año de experiencia quizá cerca de un archivo vacío de 10 minutos de sueño. La virtualidad de estas realidades vividas o recordadas, a los efectos de diferenciar lo real de lo imaginario, tiene el mismo grado de verdad.

Sí físicamente el tiempo fluctúa del presente al pasado en lo que al comportamiento de las partículas subatómicas se refiere, a nivel cerebral humano se han constatado distorsiones de la misma índole. Una señal de dolor, un sujeto en pleno experimento al quemarse un dedo en la llama de una vela, lo retiró antes de ser emitida la señal de “sacar el dedo” y eso sólo pudo ocurrir en tanto las señales viajan tan de prisa que generan las mismas paradojas que en el mundo relativista que viaja a velocidades cercanas a la luz.

Tiempo absoluto

Tradicionalmente se entiende el tiempo como el transcurso regular que no varía jamás, el tiempo absoluto es el del reloj. Se entendía como un ritmo permanente que fluía de pasado a futuro y que afecta a todos por igual. Tanto Aristóteles (el gran pensador y científico de la antigüedad) como Newton (el padre de la física clásica) creían en un tiempo absoluto.

Vimos que el tiempo físico está entonces relacionado con la pérdida de energía progresiva en un trabajo y del aumento de la entropía, es decir del caos. Es decir que, es la energía útil la que disminuye mientras que la energía total no se ve afectada y esto mantiene intacta la ley de conservación de la energía.



La crisis de la Física Clásica. Tiempo relativo

En la física y en todo el espectro científico, surge una nueva noción de tiempo, algo que parece difícil de enseñar en los centros educativos de hoy. La nueva noción de un tiempo que puede dilatarse o contraerse en una relación ligada intrínsecamente al espacio, es decir, conformando el tejido espaciotemporal.

Una de las investigaciones que va en contra de los pilares aceptados al principio del siglo XX en física está relacionada con el concepto de simultaneidad, que da pie a la Teoría de la Relatividad de Einstein

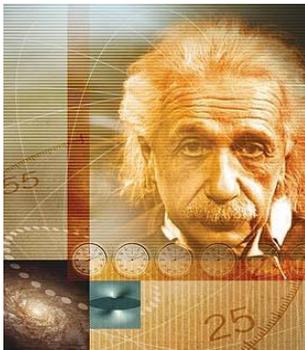
El problema de la simultaneidad de los sucesos

Teniendo en cuentas que un suceso ocurre en un determinado lugar y tiempo, resulta que dos sucesos son simultáneos si ocurren al mismo tiempo. Analicemos el siguiente ejemplo:

Sea una carretera de 100 m en la que compiten dos atletas en pistas diferentes. El juez da el pistoletazo de salida justamente a las 20:00:00 h. Al oír el disparo los jueces auxiliares situados junto a cada corredor, ponen sus cronómetros en marcha a partir de la hora mencionada. Si la pista del atleta B está paralela a la del A, pero desplazada 300 m, el juez principal ve llegar al atleta A antes a la línea de meta y le proclama campeón, sin embargo el corredor B presenta una reclamación pues su tiempo corroborado por su juez auxiliar ha sido inferior al del A. La filmación efectuada por una cámara situada junto al juez principal demuestra que el A llega antes que el B pero como el B considera que se comete una injusticia se repite la carrera pero en calles de una misma pista. Ambos corredores realizan las mismas marcas de tiempo y el corredor B es el ganador indiscutible.

Este ejemplo conduce a la afirmación de que la simultaneidad es relativa y que el intervalo de tiempo entre dos sucesos depende del sistema de referencia que se adopte ce forma que es igual para observadores estacionarios uno con respecto al otro si los sucesos ocurren en el mismo lugar, pero distinto para observadores que estén entre sí en movimiento relativo.

Postulados de la Teoría de la Relatividad de Einstein



En 1905 Albert Einstein publica su famoso artículo de la relatividad en el que se asienta su Teoría de la Relatividad Especial sobre la base de dos postulados:

1°.- Todas las leyes de la física son iguales en todos los sistemas de referencias inerciales. Todo movimiento es relativo, es imposible determinar la velocidad absoluta de un objeto.

Este postulado significa que todo experimento realizado en un laboratorio situado en reposo tiene que cumplir las mismas leyes de la Física que si se realizan en laboratorios que se están moviendo a una velocidad constante con respecto al 1°, en reposo. Debido a esto no hay un sistema de referencia inercial preferido y ninguna experiencia física puede informarnos sobre qué objetos se encuentran en reposo o en movimiento rectilíneo uniforme. Es decir da lo mismo que el observador este quieto o que se mueva en línea recta a la misma velocidad.

2°.- La velocidad de la luz en el vacío tiene el mismo valor en todos los sistemas inerciales (explicados en el postulado anterior), independientemente de la velocidad del observador y la velocidad de la fuente emisora de la luz. Tiene un valor finito y siempre igual 300000 km en 1 segundo (da 7 vueltas enteras a la Tierra en 1 segundo, y tarda 8 minutos en llegar desde el Sol a la Tierra).

Según Einstein no existe una velocidad infinita, con lo que es imposible el fenómeno de la simultaneidad entre acontecimientos vistos por observadores diferentes. Con esto, el tiempo deja de ser un parámetro absoluto (invariable) que transcurre independientemente de los observadores y se convierte en un parámetro propio y por tanto distinto para cada observador.

Implicaciones de la Teoría de la Relatividad

Las consecuencias fundamentales de las ecuaciones de transformación de Lorentz (que dan el apoyo matemático a la teoría de Einstein) son:



1°.- La contracción de la longitud: “la longitud de un objeto es la distancia entre sus extremos”. El observador que ve el objeto en movimiento, mide una longitud menor que el observador que ve al objeto en reposo. En ambos casos las leyes de la Física son las mismas para ambos observadores pero su aplicación no coincide.

2°.- La dilatación del tiempo: “el tiempo propio es el intervalo de tiempo entre dos sucesos que ocurren en el mismo lugar con respecto a un sistema de referencia”. Vamos a intentar explicar que el tiempo no es absoluto (mismo valor) con la paradoja de los gemelos.

Paradoja de los gemelos: Sean dos gemelos, uno de los cuales viaja en un vehículo espacial del futuro a una velocidad próxima a la de la Luz. Después de un viaje prolongado regresa a la Tierra y se vuelve a reencontrar con su hermano gemelo comprobando angustiada que su hermano ha envejecido muchísimo más que él. El tiempo ha transcurrido muchísimo más lentamente para el gemelo que va a velocidades próximas a la luz. Hoy en día es imposible construir una nave que alcance ni siquiera la milésima parte de dicha velocidad. La explicación no es sencilla, el organismo humano no está adaptado para permanecer en condiciones de aceleraciones prolongadas y de elevado valor (muy superior a la fuerza de la gravedad). En este caso la aceleración de la nave es enorme, pues debe partiendo del reposo alcanzar la velocidad de la luz 300000 km en 1 segundo y la energía para conseguir dicha aceleración y velocidad sería altísima, no hay combustible capaz de suministrarla

Hoy en día se han realizado experimentos para observar la distinta medición del tiempo como el de los dos relojes idénticos y muy precisos que están totalmente sincronizados, a uno de ellos se le hace medir el tiempo estando quieto, fijo en un lugar mientras que el otro está continuamente viajando a grandes velocidades en aviones, al final del experimento el reloj viajante se habrá atrasado con respecto al fijo.

El tiempo y el espacio no son absolutos (inmutables e invariables) sino relativos, el tiempo no es flujo constante sino que depende del estado cinético del observador (de la velocidad con la que se mueva). El tiempo puede dilatarse o contraerse en una relación ligada intrínsecamente al espacio, es decir, conformando el tejido espacio-temporal (4 dimensiones: largo, alto, ancho y tiempo)

3°.- La energía total de un objeto se expresa mediante la ecuación:

$$E=m.c^2$$

siendo m la masa del objeto y c la velocidad de la Luz.

Si la velocidad que alcanza un cuerpo v es igual a la de la luz $\rightarrow v=c$ la masa se haría infinita por lo que ningún objeto puede acelerar hasta la velocidad de la Luz, ese sería el límite superior de la velocidad

La velocidad es el espacio que recorre un objeto en un tiempo determinado

$$\text{Velocidad} = \frac{\text{espacio}}{\text{tiempo}}$$

Si la velocidad de la luz no puede aumentar para cubrir una distancia mayor, en la misma cantidad de tiempo, entonces el tiempo mismo tiene que hacerse más lento.

Conclusión

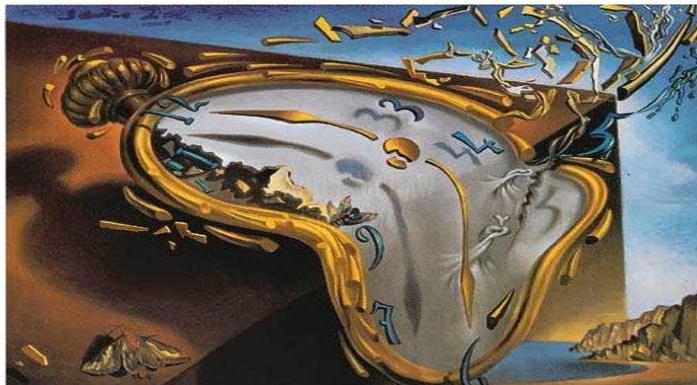
Muchas son las reflexiones que se pueden hacer con este tema; las más impactantes quizás sean las que aseguran que en realidad el tiempo no existe, que sólo es un concepto inventado por el ser humano en su afán de explicar y controlar todo lo que le rodea.

Según Antonio Ribera, reconocido ufólogo y escritor, el tiempo es: “creación de la consciencia humana, fruto de su propia limitación, angustia existencial y frustración constante

Podría decirse entonces que sólo existe un presente continuo que no cesa de renovarse, pues el pasado ya no está, el futuro nunca llega y el presente se convierte en pasado al instante...

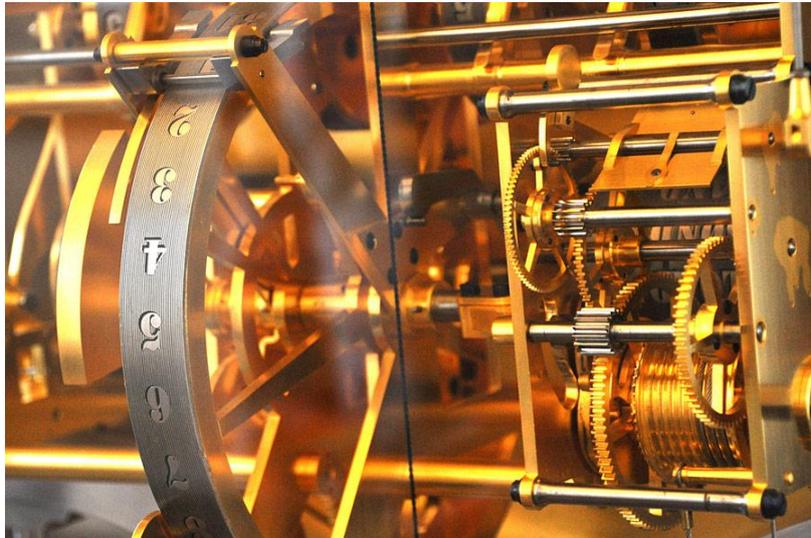
*“El tiempo es la sustancia de que estoy hecho.
El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río;
es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre;
es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego.
El mundo, desgraciadamente, es real;
yo, desgraciadamente, soy Borges.”*

Jorge Luis Borges.- “Otras Inquisiciones”.



También Crono devorará a sus hijos

Tomás Cuesta



Hace un momento, bajo la luz inclinada de la tarde, la primavera ha anticipado el fulgor de los solsticios de verano. Hasta los niños más pequeños se alborozan cuando sienten que la noche se retrasa, como si entrevieran la esperanza de un tiempo demorado, una infinita tarde de parques y hormigas. Entonces he recordado que en el brazo izquierdo de los hombres parásita la máquina que dicta el tiempo y le hemos echado un vistazo insolente. Los niños más pequeños se han reído indiferentes y descreídos, pero los más grandes han mudado su gesto al escuchar de mi boca la hora, porque han descubierto que el sol les mentía o que al menos se hacía el remolón. Ellos han penetrado ya en el equilibrio infatigable de los números: su sumisión a la razón ha comenzado. Unas horas antes, en la sobremesa, nos hemos distraído del ronroneo chapoteante del lavavajillas leyendo el diccionario de mitología de Pierre Grimal: ardua tarea disimular la brutalidad desnuda de los mitos griegos o despojarlos de su erotismo multidireccional para poder leérselos a los niños.

Hemos leído la historia de Crono (Κρόνος), rey de los gigantes llamados Titanes y dios del calendario y las cosechas. Crono devoraba a sus hijos porque una profecía le había advertido de que lo acabarían destronando. Se conoce que no los masticaba, pues su esposa le dio una piedra envuelta en pañales y él la devoró tomándola por Zeus. Tiempo más tarde el verdadero Zeus acabaría con su padre y le haría regurgitar a sus olímpicos hermanos. Hace unos días tuve noticia de que el dios Crono no debía ser confundido con Chronos. Chronos (Χρόνος) era el auténtico dios del tiempo, una fuerza primordial situada muy por encima del Olimpo y de los hombres. Regía el paso del tiempo y del mismo modo la rotación de todos los cuerpos que forman el cosmos. Comparado con

Chronos, Zeus es un joven pardillo y algo provinciano. Durante mucho tiempo incluso eruditos como Pierre Grimal han tendido a confundir Crono con Chronos.

La tradición romana también complicaba las cosas, dado que daba el nombre de Saturno al dios Crono y sin embargo el planeta que conocemos como Saturno había sido llamado Chronos por los griegos. Los griegos imaginaban que aquel cuerpo celeste, el más lejano planeta y el que más lentamente se movía, era el gran padre regulador del tiempo cósmico. Un ciego multiplicador de instantes que se cogen de la mano. Hace unas semanas tuvimos ocasión de regalar un reloj. Dice Cortázar que cuando se recibe un reloj en realidad es uno el regalado: ofrendado o sacrificado al tiempo y su cómputo. Relata casos en los que haciendo acopio de celo y valentía algunos se han despojado de esa máquina insomne para descubrir debajo, en el brazaletes de sombra que queda con su ausencia, las diminutas marcas de unos dientes pequeños, numerosos, persistentes.

Y hará dos o tres meses recomendé a un grupo de lectura de un pueblo de aquí al lado un libro de Asimov sobre los viajes en el tiempo: *El fin de la eternidad*. El viaje al pasado es un inagotable tema literario, puesto que el pasado no deja de crecer. Asimov imagina una férrea burocracia de viajeros en el tiempo que ejecutan (y no otro es su nombre sino Ejecutores) ligeros cambios, cosas tan nimias como retrasar un poco un tren, y crean una perturbación en la Historia que se va amplificando conforme avanzan los años y los siglos hasta mejorar el estado general de la humanidad evitando guerras, desastres, epidemias, quién sabe si incluso las canciones de verano. El criterio de esas mejoras es el del utilitarismo clásico: la mayor felicidad para el mayor número.

Hay cierta moraleja en el libro de Asimov, porque esa felicidad utilitarista resultaría bastante mediocre y alejada de las grandes gestas colectivas. Por lo demás, uno siempre tiene la sensación de que viajar en el tiempo es muy sencillo. Hay hexámetros interminables del pasado dispuestos al alcance de los ojos, encuadrados en pacientes anaqueles. Hace tiempo, en algún momento del año 2010, pasé una semana inolvidable, irreplicable y trastornada en la ciudad de Alejandría. Era la víspera de la Segunda Guerra Mundial, y Lawrence Durrell vagaba de un lado a otro entre sus calles del mismo modo que por los recuerdos de Justine: como recorre el tigre una vez más su jaula.

Viajes en el tiempo. En algún momento posterior a 2005 aterricé en otra ciudad del año 1940, una Newark alternativa: la lúcida ucronía de Philip Roth y el vértigo de una Norteamérica nazi que pudo haber existido y no existió. Que no existió y sin embargo yo he visitado. Viajes en el tiempo y a universos paralelos. Queda resuelta así la gran paradoja de los viajes temporales: qué ocurriría si al visitar al pasado matáramos a nuestro abuelo antes de que engendrara a nuestro padre. Sencillamente escribiríamos un final alternativo en un nuevo tomo en busca de editor.

Hace más años, allí donde mi memoria se repliega, viajé de una manera diferente para verificar la llamada *paradoja del abuelo*. Ocurrió al ver un episodio de la serie Futurama en el que el protagonista se trasladaba hasta el pasado y por azar acababa asesinando a su abuelo. Pero el asesino involuntario no desapareció en la nada: resultó que la que iba a ser

su abuela lo sedujo y él se convirtió en su propio abuelo. La solución menos entrópica para el mayor delirio humano.

Puedo viajar en el tiempo hasta una época en la que aún no había nacido, viajar hasta un lugar que nunca ha existido, viajar incluso hasta un futuro que aún no hemos vivido. Pero puedo también y sobre todo viajar a un tiempo en el que hallar más gente viva y conocida. Hasta mi infancia, por ejemplo, cuando el tiempo era algo que cercaba tan sólo a los adultos.

Hacia 1981, en algún momento entre el osito Misha y Naranjito, aprendí a viajar en el tiempo gracias a Julio Verne. Roberto y María, los hijos del capitán Grant, me llevaron hasta la Patagonia y desvelaron mis noches con una inquietante carta desmenuzada de salitre.

Ese mismo año, en casa de uno de mis tíos encontré un libro de Círculo de Lectores que hablaba de palíndromos. De todas aquellas frases, la que mejor memoricé decía:

Dábale arroz a la zorra el abad.

Porque un palíndromo es una frase o una palabra que se lee igual de adelante hacia atrás que de atrás hacia adelante. Es un significado que avanza y retrocede en el tiempo y en el significante.

Algo así debe pensar mi padre, ese mismo 1981, cuando recoge mi plato con migas de pan y restos de Nocilla y en la radio se abre paso un tumulto en el Congreso que le hace retroceder hasta la época virada en gris de Franco: como si ahora resultase que el tiempo les ha estado engañando.

Es 1981. Es 1982. La euforia se ha convertido en cotidiana y ya no sé si es por ver a Felipe González ganando las elecciones, al papa Juan Pablo II saludando desde la tele, o el abrazo de Juan Carlos y Sandro Pertini, viejos pillos, en la final del Mundial. Sólo sé que puedo detener el tiempo sin fisuras, retroceder con más elegancia y pulcritud que nuestros viejos Betamax de entonces.

Hace menos años, en el lugar donde la inocencia yace extenuada, tengo una revelación definitiva. Es fácil recorrer la Roma en la que Marco Antonio habla sin querer del testamento de César, es fácil recobrar el timbre de voz de Julieta asomada a su balcón veronés, *oh, Romeo, Romeo, si otro fuese tu nombre*. Es fácil, es muy fácil, identificarse con el dolor del joven Torlèss de cien años atrás. Y con el asco que debió sentir Teresa al ver los tanques rusos entrar en Praga en 1968.

Y en algún momento de la pasada década descubro por fin al auténtico señor del tiempo: el telómero. En uno de esos manuales o compendios de ciencias que con cierta recurrencia leemos con la insatisfacción anhelante del que es sordo de espíritu, encuentro su terrorífica historia: en las terminaciones de cada cromosoma anidan estas cadenas de ADN que no aportan rasgos al ser vivo pero que se recortan con cada división celular.

Cuando no queda más telómero en ellas, las células ya no pueden duplicarse. Dejan de renovarse y el ser que estaba vivo deja de estar vivo.

A la vista del telómero, esa parca metabólica de la que pueden extraerse tantas moralejas, no cabe preguntarse por qué la evolución hizo exitosos unos sistemas de replicado que se deterioraban de forma programada. La respuesta es bastante obvia: la evolución es refractaria a la eternidad y a lo inalterable. Lo que cabe preguntarse es por qué la evolución tuvo que añadir a esos sistemas de replicado la angustia de pensar que se están deteriorando de forma programada. Por lo demás, hasta Unamuno había especulado con la creación de textos como forma de viajar o perdurar en el tiempo hasta más allá de la muerte: a él lo resucitan los profesores de Literatura cada curso.

Hace dos o tres meses: recomiendo a través del correo electrónico, ya casi tan obsoleto como el chat o el fax, el primer libro donde aparece una máquina para viajar al pasado. Es *El Anacronópete*, y su autor era español. Enrique Gaspar publica en 1887 este libro que en realidad, oh decepción, es una zarzuela infumable. Al citarlo, en mi memoria se tiñe de melancolía la imagen de una película en blanco y negro sobre la máquina del tiempo de H. G. Wells, pero a lo mejor lo que es en blanco y negro es el televisor donde la veo. Al final de la película los amigos del Viajero comprenden que su historia es real al descubrir en el suelo los surcos que ha dejado la máquina. Y mi corazón se escarcha de nostalgia por todo aquello que nunca he conocido.

Todo esto es en realidad muy complicado, pues es hablar del tiempo y gastar el tiempo. En sus *Confesiones*, Agustín de Hipona edifica un tópico muy satisfactorio. Mientras nadie le pida que lo explique, él sabe muy bien lo que es el tiempo. Pero si alguien se lo pregunta, entonces comprende que es incapaz de explicarlo. Y luego se lía la manta a la cabeza: el pasado ya ha ocurrido, el futuro aún no ha sido, el presente no es más que una eternidad fugaz. En cuanto a mí, hace semanas que imagino este texto que ahora escribo. Escucho una canción en la que alguien ha sampleado a Cortázar leyendo fragmentos de Rayuela. Entonces me imagino a mí mismo en un futuro que es ahora el presente, sampleando las emociones que siento en un pasado que es entonces el presente. O me imagino citando a Rayuela, que se puede leer también de atrás hacia adelante.

Hace unos días hemos vuelto a hablar del dios que devoraba a sus hijos, y lo hemos hecho a escondidas de los niños. También me preocupa que encuentren demasiado pronto entre mis libros ese en el que Freud habla de la muerte del padre: ese del que se desprende que sólo se crece cuando se le asesina y el remordimiento lo acaba transformando en tótem. El principal error del niño es tener prisa por crecer, eso lo sabe todo el mundo. En otro cuento de Cortázar, escritor inagotable como un recuerdo feliz y reiterado, se habla de un sillón para morir. Los niños gastan bromas a las visitas y les sugieren con amabilidad que se sienten allí, ante el espanto y la pronta evasiva de todos porque todos saben que aquel es el sillón de morir. Cuando los niños crecen, las bromas dejan de hacerse y todo el mundo mira de reojo al cuarto donde se guardó el sillón. Yo imagino que los padres miran sobre todo a los hijos mirar de reojo al sillón.

Hace un momento, en el silencio que epiloga los cuentos nocturnos, con la manita tibia de un niño pequeño entre mi mano áspera, me he preguntado si Cronos devora a sus hijos porque se han vuelto contra él o si son sus hijos los que se ponen en su contra porque los anda devorando. La flecha del tiempo: tan irreversible como el enfriamiento de la estrella más cercana. Pero tenemos máquinas del tiempo que actúan como palíndromos, ya se ha dicho aquí. Máquinas que atraviesan mis ojos y me arrasan de recuerdos. Y Cronos no es el auténtico dios del tiempo. Es Crono. Pero me temo que también devora a sus hijos. Se me ocurre que el Sol hubiera sido un buen dios Crono. He aquí algo que tampoco podemos contar a los niños impunemente: el sol es una estrella que un día agotará su hidrógeno y crecerá hasta engullir la Tierra. Se preguntarán por qué razón les decimos que todo eso ocurrirá dentro de tanto tiempo que no han de preocuparse. La infancia: ese mínimo interludio de esperanza entre la nada y la desilusión.



Crono

Alba García Montañés,
alumna de 1º Bachillerato A

Este año la Biblioteca del Instituto dedica su Boletín a un tema especial, el tiempo, aquel que pasa para todos del mismo modo y del que nadie puede librarse. Por este motivo se me ha ocurrido contar el mito de aquel que para los clásicos griegos fue el que dominó los segundos del Universo, el que nos ha quedado como herencia de una cultura politeísta cuyas leyendas intentaban explicar la existencia de todo cuanto les rodeaba.

Este mito es el de Crono, símbolo del tiempo que, en su deseo insaciable de evolución, todo lo devora.

El dios Crono era conocido como *Κρόνος*, Kronos o Cronos, en la mitología griega. Su nombre dio lugar a un error en la antigua gramática de los griegos, al confundirlo en su fonética con la palabra *χρόνος*, pronunciado “jronos” y transcrito “chronos”: tiempo.

Según la Teogonía, obra escrita en el siglo VIII a.C. por el célebre autor griego Hesíodo, que narra la genealogía de los dioses, Gea, la Tierra, nacida del Caos, engendró primeramente a Ponto, que representa el mar y a Urano, el cielo estrellado que la cubre por completo.

De Gea y de Urano nació la primera generación de Titanes. Crono era el más joven de todos ellos y el único que corrió en la ayuda de su madre cuando esta, desesperada, apelaba a sus hijos para que emboscasen a su padre y la librasen del terrible dolor que sentía, pues Urano, de un modo cruel y con miedo de ser destronado por sus hijos, los mantenía encerrados en el interior de ella, la Tierra.

Cansada y dolorida, Gea dio armas a sus hijos para que se enfrentasen a su padre y terminasen con su sufrimiento, pero de los Titanes, solo Crono aceptó ayudar a su madre, maquinando un modo de derrocar a su padre.

Cuando Urano llegó, trayendo la noche sobre la Tierra, cubriéndola con su cielo lleno de estrellas sin sospechar nada, Crono salió de su escondite en los aposentos de sus padres y con una hoz creada a manos de la propia Gea, cortó los genitales de su progenitor y los arrojó al mar tras su espalda. De este modo, Urano se vio vencido y Crono liberó a sus hermanos de su terrible clausura y a su madre del dolor de mantenerlos dentro de ella.

Crono pasó a tener el poder del mundo al humillar a su padre y vengarse de sus actos; contrajo matrimonio con su hermana, la titánida Rea, con la que tuvo seis hijos, la primera generación de los dioses conocidos como Olímpicos: Deméter (Ceres en la

mitología romana), diosa de la agricultura; Hestia (Vesta), diosa del hogar; Hera (Juno) diosa del matrimonio; Poseidón (Neptuno), dios del mar y de los terremotos; Hades (Plutón), dios de los infiernos y Zeus (Júpiter), padre de todos los dioses.

A Crono se le profetizó que uno de sus hijos lo destronaría, así que fue devorándolos uno por uno, hasta que Rea, cansada de ver cómo su esposo engullía a su descendencia, envolvió una piedra en pañales y se la entregó a su marido como uno de sus hijos recién nacidos. Este, creyéndose el engaño, lo tragó como un hijo más, mientras que el verdadero hijo, de nombre Zeus, se criaba en la isla de Creta.



Rea entregándole a Crono una piedra envuelta en pañales en lugar de a su hijo.

Tiempo más adelante, será Zeus el que vuelva a destronar a su padre Crono y a salvar a sus hermanos, haciendo a su padre vomitar la piedra seguida de todos los hijos que antes había devorado, pero esto ya es otra historia.

Crono fue enviado a las profundidades del Tártaro tras ser vencido en la guerra llamada **Titanomaquia**, en la cual Zeus, ayudado por sus hermanos los dioses así como por los Cíclopes y los Hecatónquiros, declaró la guerra a su padre, que contaba con la ayuda de sus hermanos los Titanes.

La imagen de Crono devorando a sus hijos es una de las escenas de la mitología más representadas en la historia del arte. He escogido como ejemplo las pinturas de Rubens, pintor flamenco del siglo XVI y la de Goya, pintura negra del siglo XIX:



También me ha parecido muy representativa la obra de Giovanni Battista, obra de arte rococó del año 1745, que aborda el mismo tema:

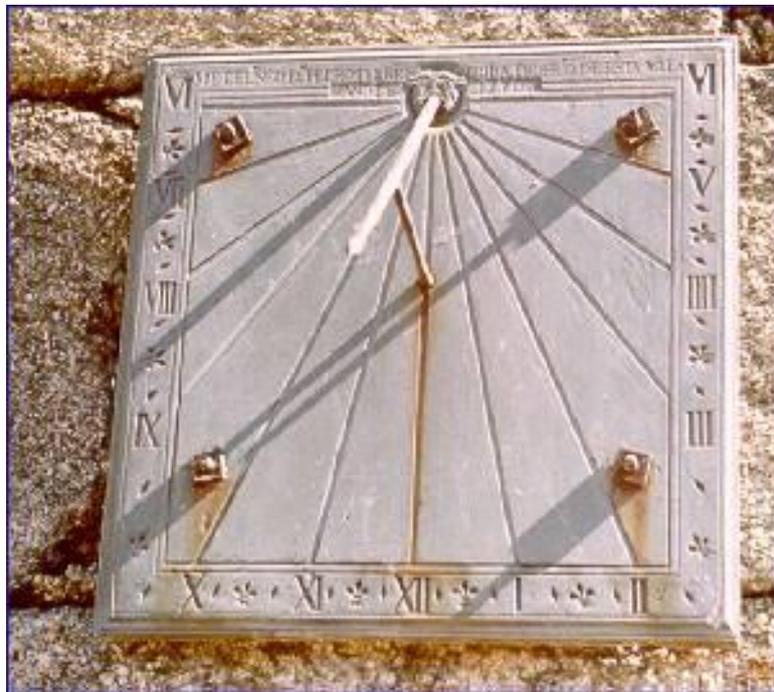


Como hemos dicho al principio, Crono es reconocido como el dios del tiempo griego, pero en la mitología romana es llamado Saturno y es el dios de la cosecha. Por eso se le representa con una hoz o guadaña, con la que mutiló los genitales de su padre y su símbolo es el reloj de arena.

Algo que también puedo contar es el mito de la Edad de oro, protagonizada por Saturno, el cual huyó a Italia tras la batalla contra sus hijos y tras ser expulsado del Olimpo. En este mito se cuenta como todos los seres humanos vivían sin preocupaciones, sin conocer el dolor ni la enfermedad, ni la muerte. Había ríos de leche y los árboles producían sus frutos por sí mismos, dándoles al humano alimento y comodidad sin necesidad de trabajar, ¡qué tiempos aquellos!

Después de que Júpiter se pusiese al mando del universo las edades se fueron degradando y poco a poco, el ser humano pasó de vivir sin preocupaciones a colmarse de ellas, al trabajo, a la fatiga corporal y mental.

Vamos, lo que es nuestra vida ahora.



CERTAMEN LITERARIO “DÍA DEL LIBRO”

I.E.S. JUAN DE LA CIERVA - CURSO 2010-2011

MODALIDAD POESÍA

1º CICLO E.S.O.: Ganadora Ana Campos, de 2º E.S.O. A, por el poema titulado
“Perfecta irrealidad”

2º CICLO E.S.O.: Ganadora Paula García, de 3º E.S.O. A, por el poema titulado
“Mareas”

BACHILLERATO Y CICLOS: Ganadora Ana Muñoz, de 1º Bachill. A., por el
poema “Para no parecerme a ti”

MODALIDAD MICRORRELATO

1º CICLO E.S.O.: Ganadora Claudia Gómez, de 2º ESO B, por el relato titulado
“Amor o fantasía”

2º CICLO E.S.O.: Ganadora Laura Villalba, de 3º ESO B, por el relato titulado
“La diosa de la muerte”

BACHILLERATO Y CICLOS: Ganadora Alba García, de 1º Bach. A, por el relato
“ La dama del corazón de cristal”

Vélez Málaga, 20 mayo 2011

MODALIDAD POESÍA:

1º CICLO E.S.O.:

PERFECTA IRREALIDAD

Ana Campos, 2ºA E.S.O.

Sonreír aunque te estés quemando por dentro.

No mostrarte a los demás,
por el miedo al qué dirán.

Pedir deseos a una estrella
sabiendo que no se cumplirán.

Reír con ganas de llorar.

Cantar bajo la lluvia,
esperando tal vez, respuesta;
aquella que enviaste un día,
y nunca fue devuelta.

Baila para crear
la perfecta irrealidad.
Intentar olvidar lo que un día fue nuestro,
eso que te come desde el espectro.

2º CICLO E.S.O.:

M A R E A S

Paula García Fernández, 3º A E.S.O.

La brisa silbata mis oídos,
la pureza que no resbala hacia el olvido,
respiro,
las gaviotas deleitan a mis sentidos...

¿Hay alguna realidad en todo esto que vivo?
si de algo estoy segura:

Mis piernas no bailan al son de los sonidos.
Yo, al filo de este mundo consentido,
abriré mis alas frente al vacío,
fluiré de entre las olas
y al igual que cuando besé tus labios,
olvido todo lo ocurrido, translúcido...
y prohibido.

BACHILLERATO Y CICLOS FORMATIVOS:

PARA NO PARECERME A TI

Ana Muñoz Nieto, 1º A Bachillerato

Vagaba por la calle,
junto al miedo de acompañante,
una ausencia vestía amable,
un sin fin, llamado asfalto.

Me celaba una luz a lo lejos,
yo quería sentir calor,
me acariciaba agua la cara,
no era rocío, no era sudor.

No me pienso, no nos pensamos,
no me ven espectros afines,
no respiramos, no nos tocamos,
sola, en el aire tallo marfiles.

No es positivo el pensamiento que siguen,
son miedos ahogados en risas grises,
no es negativa la borrosa y tenue mirada,
son pensados espectros confusos,
que no siento más que llagas.

Y bañada en dudas, con mucho que decir,
no defino ni muestro lo pensado,
sólo escribo palabras que desordenan lo no expresado,
sin musicalidad y que sólo intentan apelar al sentir,
vuelvo a decir,
sin regir mi escrito,

enumero los párrafos a mi placer,
sencillas y débiles rimas muestro,
para no parecerme a ti.

MODALIDAD MICRORRELATO:

1º CICLO E.S.O.:

AMOR O FANTASÍA

Claudia Gómez, 2º B

2º CICLO E.S.O.:

LA DIOSA DE LA MUERTE

Laura Villalba, 3º B

Altea , la hija del Dios de la Muerte apareció como un ángel descendiendo desde el cielo hasta el infierno. Su rostro serio y su triste mirada era suficiente para dar a entender lo poco que le gustaba la situación, pero la batalla debía llegar a su fin y ella tenía que llevar a cabo su cometido. Lentamente alzó la mano hacia delante y desde sus dedos apareció una blanca luz que se proyectó hacia los guerreros. Por su rostro impasible comenzaron a rodar unas silenciosas lágrimas al ver como la vida de los valientes soldados desaparecía para siempre.

Para Altea ese poder era como una maldición, y sabía que era su deber, pero cumplable o inocente, no le gustaba arrebatarle la vida a nadie. Hija del dios de la muerte, era su misión decidir cuando había llegado la hora de la víctima.

Pero lo más duro para ella fue cuando tubo que llevarse la vida del humano del que se había enamorado. Se sentía como un monstruo, una traidora. Antonio sabía quien era ella, cual era su misión, y llegada su hora no le reprochó nada; murió entre sus brazos, con una sonrisa en sus labios y dandole a ella palabras de aliento. Después de aquello se sumió en el más absoluto de los silencios, sólo sus ojos expresaban sus sentimientos, y ninguna sonrisa volvió a iluminar su rostro.

Un alma triste envuelta siempre en el manto de la muerte, Altea vaga entre los humanos buscando al siguiente de su lista al que debe de arrebatarse el último suspiro. Aquel al que le llega el fin, ve como ella lo observa con sus simples ojos, por lo que es incapaz de decir nada o suplicar para no morir; una dulce criatura que arrebatase lo más preciado: la vida.

BACHILLERATO Y CICLOS FORMATIVOS:

LA DAMA DEL CORAZÓN DE CRISTAL

Alba García Montañés, 1º A

Todos temen lo que los fantasmas son capaces de hacer, pero los fantasmas no son solo almas perdidas en su dolor, malévolos, fríos, y ahora os explicaré por qué:

La noche que llegué de madrugada me perdí en un frondoso y sombrío bosque de pinos que había de camino a casa, volviendo de cazar. Con la escopeta a la espalda busqué el brillo de la luna sin encontrarlo por culpa de las espesas nubes, que esperaron que estuviese totalmente hambriento y agotado para dispersarse, dejando ver ante mí un fantástico palacio de cristal. Las puertas se abrieron y, como hipnotizado, entré con el sonido de una voz melodiosa al cantar.

Sobre un pozo de piedra al lado del jardín, una hermosa joven de cabellos dorados y ojos de esmeralda me miró con curiosidad, cortando su canción, posó delicadamente sus pies en la seca hierba, me guió hasta el interior del enorme palacio de vidrio y allí, me sentó, colmándome de alimentos y vinos de la mejor calidad, preparó un baño y lavó mis ropas, limpió mi arma y mis heridas preparó una habitación cómoda donde me acosté para dormir como un bendito, allí, ella se sentó en la mullida cama, arreglándome las almohadas en las que yacía mi cabeza y yo, más reposado, le hablé:

-¿Quién eres? – Le cuestioné.

Ella no respondió, solo me arropó con las suaves sábanas y se dispuso a salir de la habitación.

-Un alma errante que tú no recordarás como más que un sueño.- Y desapareció en la oscuridad del místico lugar.

El sueño me abatió y solo sé que cuando desperté, me encontraba fuera del bosque, cerca de casa, totalmente limpio y cuidado, situado sobre un montón de heno.

Corrí en busca del palacio, perdiéndome entre los árboles donde antes había habido niebla, pero cuando llegué donde debía estar el cristalino castillo, no había más que un descampado oscuro y tenebroso, donde solo un aire helado hacía acto de presencia.

Solo cuando entré en mi casa y me dispuse a preparar el animal que había cazado para cenar, encontré entre sus vísceras un cristal azulado con forma de corazón que se rompió en mis manos sin causarme dolor alguno.

Descubrí entonces que ese alma en pena nunca quiso causarme daño, sino quizás dejar de sentirse tan sola, atrayendo a sus visitantes con su hermosa voz, dándoles cobijo y dejándoles después cerca de su destino, pero donde nadie pudiese encontrarla, y aún la busco desesperado para confirmar que nunca fue un sueño, como me aseguró que quedaría en mi corazón.



El reloj como cronómetro

Pablo Villar Amador

*Mas, ai, que engañado estoy
que vuelas, corres y ruedas;
tú eres, tiempo, el que te quedas,
y yo soy el que me voy.*

(Luis de Góngora)

El hombre, desde épocas remotas, siempre estuvo preocupado por el paso del tiempo y por eso tuvo la necesidad de medirlo. El reloj, “material macchinetta misuratrice del tempo”, en definición del italiano E. Tesauro, va unido a otros temas y tópicos: *fugit tempus irreparabile, la vita brevis* o la muerte. En el Siglo de Oro al tiempo (Crono o Saturno) se le suele representar con 3 atributos: un reloj de arena, una hoz y grandes alas, y así el reloj es no sólo el instrumento para la medida concreta y puntual del tiempo, sino también medida de la vida del hombre. Señalaba el poeta Pedro Salinas que “bien mirado el tiempo es, a su vez, dimensión de su vida; pero mal mirado, esto es, por el revés, resulta ser la dimensión de su muerte”.¹

El crítico David S. Landes se pregunta para qué eran necesarios los relojes ya que nuestra vida está, de modo natural y biológico, regulada por el ritmo de las 24 horas del día: el despertar, el deseo de comer a precisas horas, el trabajo y el descanso con la llegada de la noche. El reloj, en sentido moderno, fue un invento de la temprana Edad Media cuando fue preciso disciplinar, regulándola, la vida monacal: *Omnia horis competentibus* («todo debe hacerse en el momento preciso») y, como consecuencia, se organizó mejor el trabajo del burgo, y el tiempo -como se entiende hoy- pasó a tener gran valor y a significar dinero; pero en la Edad Media toda esa regulación se hacía para mejor honrar a Dios: el hombre no temía a la muerte porque ella lo llevaría al Paraíso. Durante el Renacimiento, el ser humano, sin dejar de creer en Dios, se descubrió a sí mismo, y con el reloj, podía contar las horas para gloriarse al máximo del disfrute de todo el bienestar y hermosura que le rodeaba. El ser inteligente y angustiado del Barroco, en cambio, aunque sigue siendo creyente, veía el reloj como un instrumento no sólo capaz de regular su vida, sino como un medio de contar los minutos ante la constante inseguridad e inminencia de la muerte, la que no ve ya como promesa deleitable. No podía detener el paso del tiempo, pero la posibilidad de contar las horas le daba cierta ilusión de poder y de dominio sobre su vida y el fluido tiempo que estaba viviendo.

Un amigo de Santa Teresa, Fray Antonio de Jesús, llevó cinco relojes a la casilla de Duruelo para dar comienzo a la Reforma del Carmen (carmelitas descalzos) . Escribe la Santa: “*Sólo de relojes iba bien proveído, que llevaba cinco, que me cayó en harta gracia. Díjome que para tener las horas concertadas, que no quería ir desapercibido. Creo aun no tenía en qué dormir*” (Libro de las fundaciones , cap. XIV). Al respecto,

¹ Cfr. Pedro Salinas, *Jorge Manrique o Tradición y originalidad*; Barcelona, Seix Barral, 1981, p .130.

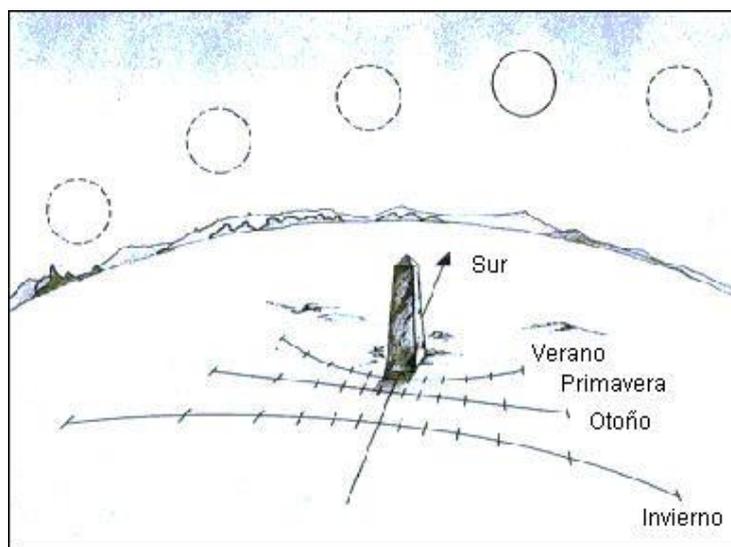
Azorín señaló: “Este frailecito, con sus cinco relojes, se nos aparece como obsesionado por el tiempo que pasa, por el tiempo suave e inexorable, por el tiempo que todo lo trae y todo se lo lleva” (*Los valores literarios*). No nos extrañe pues, la fascinación que autores como Góngora, Quevedo o Sor Juana Inés de la Cruz, o más recientemente P. Salinas o Borges muestran por este invento.

Las siguientes páginas son un breve acercamiento a algunos de los diferentes tipos de relojes y a su expresión literaria en un autor tan conocido como el cordobés Luis de Góngora (“*Décimas a los relojes*”)

RELOJ DE SOL

El primer utensilio, que se creó para controlar el tiempo, fue el reloj de sol, ya que éste es quien de forma más sencilla y básica nos proporciona una percepción del paso del tiempo. Donde no había montañas ni colinas el hombre pensó en columnas u obeliscos, que los antiguos griegos denominaron *gnomon*. En la práctica eran palos cuya sombra, al variar de longitud, coincidía con signos o curvas marcadas en el suelo. La sombra más corta era la del mediodía y la precisión de la medida dependía de la altura del *gnomon*: eran los relojes solares, de los que se tiene noticia desde el siglo XIV a. C. El día se dividía en 12 partes iguales, de modo que en verano se tenían horas más largas que en invierno. Por la noche, el tiempo se dividía en “vigilias” o “cuartos de vigilia”, en referencia a las guardias de los soldados.

La sombra de la barra tiene dos características, que van cambiando a medida que avanza el día: la longitud y la posición.



El reloj de sol , tal como evolucionó a partir del sencillo gnomon, es un invento oriental y podemos incluirlo en las artes que desde entonces se llamaron “caldeas”, porque según cuenta Herodoto, lo difundió en Grecia alrededor del año 575 a. C. un caldeo de nombre Berosus.

El cordobés Luis de Góngora en una de sus “décimas a los relojes” escribe sobre el reloj solar:

Relox de sol:

*¡Con qué mano liberal,
si bien de hierro pesado,
las horas que nos has dado
contando vas puntual;
El camino universal
del desengaño más fuerte
señalas: ¡ porque acierte
la vida ciega que pasa,
con sol le muestras su casa
por las sombras de la muerte.*

5

10



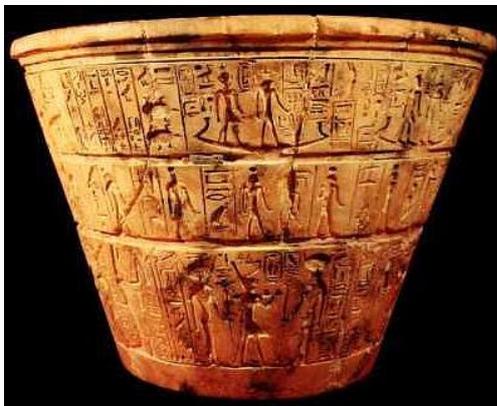
Reloj de sol de Baelo Claudia, siglo I d.C.

[RELOJ DE AGUA](#)

El principal problema con el que se enfrentaron los primitivos relojes de agua es el mismo que en el resto: la calibración de las horas, sobre todo si tenemos en cuenta que la división del día en horas era diferente en función de la época del año y de la localidad en la que se hacía. El concepto moderno de hora, que nosotros entendemos como el producto de dividir el día en 24 partes iguales, no apareció hasta bien entrado el siglo XIV.

Las clepsidras o relojes de agua surgieron en Egipto, en época de Amenophis I (1500a.C.). El reloj de agua más antiguo es egipcio y se encuentra en el museo de El Cairo. El agua que sale del recipiente por un pequeño agujero en la base, necesita un cierto tiempo para vaciarse y rellenar otro. El secreto para el buen funcionamiento de las clepsidras es que el agua circule con la máxima uniformidad. Si las paredes del recipiente fueran verticales, el agua saldría más deprisa cuando el recipiente estuviera lleno que cuando estuviera casi vacío. Para impedir esto los egipcios construyeron las clepsidras con las paredes inclinadas con un ángulo de 70°. Así el agua sale a la misma velocidad durante todo el rato que tarda en vaciarse la clepsidra.

Los relojes de agua fueron también muy utilizados en Grecia a partir del siglo IV, servían para medir las guardias de la noche, la duración de los discursos en las asambleas públicas... Otro tipo de clepsidra, que permite un mayor fraccionamiento del tiempo, es aquel en el que un corcho va subiendo a medida que se llena el recipiente en el que flota. El corcho ayudado por un contrapeso y una cuerda mueve una aguja que indica las horas sobre una esfera. La mayoría de las clepsidras eran utilizadas en monasterios y castillos. Pero su utilización estaba limitada a lugares cálidos, ya que el agua congelada no marcaba el tiempo.



Clepsidra egipcia

Góngora, en cuanto a la clepsidra, escribe en estos términos:

De agua:

*¡Cuántos la industria ha buscado
ya, para medirte modos;
pero en vano, o tiempo, todos
los que sutil ha enseñado;
pues mano apenas te ha echado* 5
*cuando ya tu pie no alcanza;
medida ha hecho y balanza
del agua misma, i no dudo
que si medirte no pudo*
podrá verte en su mudanza. 10

RELOJ DE ARENA

Es interesante constatar que los relojes de arena, que en arte simbolizan el transcurso del tiempo, aparecen bastante tarde. La precisión de los relojes de arena depende de la calidad del vidrio, ya que este instrumento está compuesto por dos ampolletas de vidrio cónicas, superpuestas. La arena contenida en la ampolleta superior pasa lentamente a la inferior con líneas diversas. Sus dimensiones así como la amplitud del orificio central determinan la duración del paso de la arena.

La arena, no era arena corriente. Era polvo de mármol calcinado varias veces, tamizado y secado en cáscaras de huevo, hechas de polvo de zinc; o también arena negra, cocida en vino y secada al sol. Los relojes de arena, en cambio, tal como hoy los entendemos, aparecieron cuando el hombre consiguió fabricar dos botellas perfectamente idénticas entre ellas, llegando incluso a refinadas ejecuciones en las que había otras ampollas que indicaban el transcurso de las horas, de los cuartos, las medias y los tres cuartos de hora. Aunque se cree que su uso es muy antiguo, no hay evidencias precisas sobre su origen. La primera evidencia concreta sobre la existencia de los relojes de arena se puede encontrar en una pintura de Ambrogio Lorenzetti que data del año 1328 .



Existieron en distintas épocas de todos los tamaños y modelos e incluso se construyeron algunos tan grandes que eran capaces de medir un día entero. Algunos afirman que los romanos los usaban durante la noche, o que también los pudo haber inventado un monje francés para medir los tiempos de meditación. El reloj de arena posee valor simbólico porque es el instrumento que más visiblemente representa el fluir constante del tiempo. Un reloj de arena con el bulbo superior casi lleno de arena representa el inicio de la vida; con la arena a poco menos de la mitad de arena en el bulbo inferior la edad adulta y con poca arena el bulbo superior la proximidad de la muerte. Era común encontrarlo estampado en las banderas de los piratas bajo la calavera como símbolo de la existencia fugaz del hombre.

En literatura se utiliza como representación del paso del tiempo y su consecuencia: la muerte, símbolo a su vez de la fugacidad del tiempo y de la vida. Algunas representaciones simbólicas de la muerte presentan el clásico esqueleto cubierto con su túnica negra que en una de sus manos lleva un reloj de arena. La pluma del ilustre cordobés dice:

Relox de arena:

*¿Qué importa, o tiempo tirano,
aquel calabozo estrecho,
que de vidrio te hemos hecho
para tenerte en la mano,
si el detenerte es en vano* 5
*y siempre de ti está agena,
quando más piensa que llena
nuestra vida, a cuya voz
huyes cual tiempo, veloz
y sordo, como en arena?* 10

[RELOJ DE CAMPANA](#)

“Los monasterios fueron sin duda los primeros lugares donde se utilizaron las máquinas del tiempo y desde luego en forma de reloj de balanza, que no tardó en enriquecerse con una sencilla campana y que sacó de los cuartos de guardia a “vigilgallo” y sacristanes para hacerles subir hasta las torres de monasterios, iglesias, castillos y ayuntamientos “, escribe E. Junger. Ya en 1120 figuraba entre las reglas de la orden cisterciense que los sacristanes cuidasen de que el reloj *tocara y despertara antes de la primera misa*. Como hemos dicho, por aquel entonces los relojes tenían que determinar las horas de la oración, como indica el nombre francés *horloge*, compuesto de las palabras “hora” y “lego”. Las horas marcaban, pues, el tiempo de los rezos. También la palabra alemana *Uhr* tiene sus raíces en “hora”, pero no fue de uso común hasta la época del gótico tardío. La denominación antigua era *Seiger*.

Uno de los relojes de campana más bellos lo podemos encontrar en la *Torre del Orologio* de la Plaza de San Marcos de Venecia. Cada hora su campana la tocan dos grandes estatuas de bronce denominadas “los moros”: una de ellas es un joven y otra un hombre barbudo, obra de Paolo Savin fundida en 1497. Es uno de los signos arquitectónicos más famosos de Venecia, y posee un gran reloj que señala las horas, los días y el curso de planetas y estrellas y, en lo alto, los moros que dan las horas, golpeando una campana.



El estro poético de Góngora escribe:

Decampana:

*¿Qué importan porque te estés
tantas ruedas diferentes
si gastándote en sus dientes
vas más ligero después?*

*¿Qué importa calzar tus pies
de plomo, en pesos, si habitas
el viento, y te precipitas
con la pesadumbre mas,
y a veces de metal, das
lo que , callando, nos quitas?*

5

10

RELOJ MECÁNICO

La transición de los relojes solares a los mecánicos tuvo lugar hacia el año 1000 (cuando en China se construyó el reloj astronómico de Su-Sung, que algunos consideraban más bien una clepsidra) o en el siglo XIII (con la adopción del escape). En el mundo occidental, la religión cristiana imponía rezos en horas concretas del día y de la noche (*maitines, prima, tercia, sexta, nona y vísperas*) y las comunidades monásticas tenían relojes en los que sonaba una campanilla convocando a los servicios.

En el siglo XIV aparecieron los primeros grandes relojes de torre. El rey catalán Pedro el Ceremonioso hizo construir en 1356 un gran reloj de campanario para su castillo de Perpiñán. Poco después, junto a los relojes de los campanarios aparecieron los de las torres de los edificios públicos y en este punto empezó a cobrar gran importancia la hora exacta (en Lausana, el tribunal eclesiástico impone, en 1453, que las audiencias

comiencen “ a las 10 en punto”). La Europa del siglo XIV estaba aún cerrada al arte y hubo que esperar a los dos siglos siguientes para ver crecer la demanda de relojes y, sobre todo, la reducción de sus dimensiones gracias a la invención del muelle, que sustituyó a las pesas que proporcionaban la energía a los relojes de torre. Nacieron así los relojes de sobremesa o de repisa, con diferentes estéticas, pero todos ellos con la nueva mecánica, cuya energía se activa tensando el muelle con una llave.

La invención del reloj «of mainspring cum fusee», que hizo posible el poder mover un reloj de un lado al otro y que luego se miniaturizó en lo que llamamos hoy *reloj de muñeca* pertenece a principios del siglo XVI y se atribuye a Peter Henlein (alias Hele) de Nuremberg, viejo centro metalúrgico y de relojería, así como de finanzas y comercio. Los italianos le han disputado a Alemania la prioridad del invento.

Por último, el desarrollo de las ciencias a partir del siglo XVII y los grandes descubrimientos físicos llevaron a revolucionar la forma de pensar, con lo que el Sol dejó de ser el centro del Universo y el Papa Gregorio XIII reformó el calendario. Para la relojería se abrió un nuevo mundo y una nueva etapa: relojes digitales, electrónicos, de cuarzo, astronómicos, atómicos ...

Y terminamos estas páginas con la fuerza metafórica del resto de las “Décimas a los relojes” de Luis de Góngora (*relojes de aguja y cuerda, por el canto de las aves, de cuartos, para el pecho o por las estrellas*):

De aguja y cuerda

*En engaste de marfil
tu retrato ¡o tiempo ingrato!
me sueles dar, si retrato
ai de cosa tan sutil;
una aguja en su viril, 5
él claro, ella inquieta;
asi es tu imagen perfecta
i la de mi vida amada,
una hebra delicada
a tus mudanzas sujeta. 10*

Por el canto de las aves y animales:

*Si escucho la voz del gallo
o al torpe animal consulto,
por su agreste canto inculto
en ninguno el tiempo hallo.
Mas si por mucho que callo 5
sólo señal conocida
escucho de su partida,
¿qué relox de más concierto
para gobernar la vida?*

De cuartos:

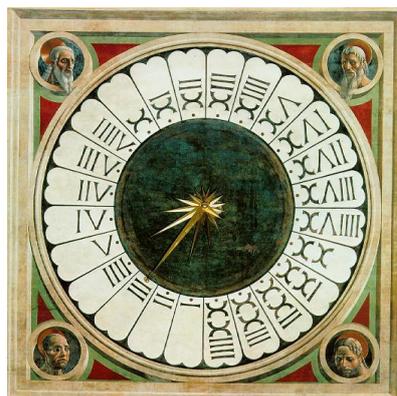
*Vida miserable en quien
nunca de ti estamos hartos;
¿por qué por puntos y cuartos
quieres, tiempo, que te den?
Pero medirte así es bien; 5
pues ya la experiencia enseña
(o vela la vida, o sueña)
que no con mayor medida
se dividirá una vida
tan invisible y pequeña. 10*

Para el pecho:

*Tal vez en paredes de oro
te vi encerrado, i allí
armado también te vi
cotra el pecho en quien te onoro.
Siempre eres, tiempo, tesoro; 5
pero dime: ¿ qué aprovecha
encerrarte en caja estrecha
y envolverte en oro, pues
huyes, tiempo, y Parto ves
huyendo alcanzar tu flecha? 10*

Por las estrellas:

*Si quiero por las estrellas
saber, tiempo, dónde estás
miro que con ellas vas
pero no vuelves con ellas.
¿Adónde imprimes tus huellas 5
que con tu curso no doy?
Mas, ai, que engañado estoy
que vuelas, corres y ruedas;
tú eres, tiempo, el que te quedas,
y yo soy el que me voy. 10*



Pasaje a la eternidad

Guillermo Méndez Zapata

A mis estros (en sentido culto), Cristina y Pilar,
cuya lluvia de risas hicieron revivir este agostado texto.



Caspar David **Friedrich** (1774-1840) *Marina a la luz de la luna* (1830-35) 25,2 x 31,2 cm, óleo sobre lienzo. Leipzig, Museum der bildenden Künste

M. : -...El concepto **tiempo** es una construcción abstracta contaminada constantemente por la empírica percepción que tenemos de él.

D.: - ¿Le ocurre algo? ¿Le ha dado un vahído? Mire que está diciendo frases sin sentido.

M.:`- Eso pensamos. Que la vida es un suspiro sin sentido.

D.: - Diga usted que sí, que lo mejor es darse el piro (me tenía que tocar un “friki”).

M.: - Perdona la alambicada frase inicial, pero este templo de cultura invita a ello.

D.: - ¡Oiga, que a mi me da igual! Yo ya sigo mi paseo por el museo...

M.: - ¡No, espere! El arte, en tanto que expresión estética de sentimientos e ideas ha tratado siempre de reflexionar sobre los más variados temas. Estas salas son disquisiciones filosóficas en forma de imágenes ¡No cierres tu mente a ellas!

D.: -Verá..., yo en cuestiones de filosofía siempre he procurado abrirme: era el primero de la clase, pero el primero en salir. No terminaba de sonar el timbre cuando la puerta ya estaba a mi espalda.

M.: Pues muy mal. El pensamiento es lo que nos eleva como especie. Y estas manifestaciones que nos rodean expresan, simbólica o intrínsecamente, las grandes verdades de la vida...

D.: Pues mi padre dice cada vez que el Barça gana al Real Madrid que la vida es una gran mentira.

M.: -...por ejemplo ¡El tiempo! Eso que los ya metidos en años consideramos el deletéreo fluir.

D.: ¿El nuevo Mp5 estéreo de la marca coreana DL? Con lo mayor que es usted no lo hacía aficionado a las nuevas tecnologías.

M.: - Fíjate por ejemplo en la pared de enfrente. Observa esa marina de Caspar David Friedrich. El autor pertenecía al Romanticismo, corriente cultural del siglo XIX. A este pintor se le denominaba el pintor filósofo pues sus realizaciones eran auténticos diálogos del yo con el infinito.

D.: - ¡Hablando con el infinito! ...Al menos sus palabras tendrían eco.¡ Y la conversación sería para troncharse!

M.: -Permite que su lenguaje plástico te guíe hacia el insondable arcano...

D.: -¡Déjelo! Si yo me guío con las flechitas para encontrar la salida...

M.:- ...Observa cómo nos sitúa en un punto de vista elevado, para, desde ahí, contemplar el paisaje: un espacio marino que partiendo de un cercano océano oscuro se dilata majestuoso hacia un luminiscente y distante horizonte. En un cielo dominado por oscuras nubes se abren paso pequeños claros de azul, permitiendo sutiles destellos de luna plateada que el mar transmuta en lechosa luz...

D.: - ¿Usaba leche para mezclar los colores?

M.: -... No se trata de una naturaleza avasalladora, de furia incontenible y amenazadora, sino más bien de un espacio calmo que arropa con argentífera luminosidad un barco, frágil y manso, ubicado en el centro de la composición. Icónica metáfora de la errante alma humana arrellanada plácidamente en la inmensidad.

D.: -Pues sabe usted que empiezo a tenerle envidia a esa errante alma: por ahí tranquila, en la más absoluta y silenciosa soledad, sin nadie que le pegue la chapa.

M.: - Aprecia cómo la posición del navío fortalece una estática simetría que impregna la escena de mayor paz y quietud. Es un instante congelado del perpetuo movimiento, un efímero sosiego en un circuito inacabable.

D.: - Eso sí que lo capto: realmente esto es inacabable.

M.: - Advierte cómo la austera distribución de los elementos, la precisa fijación de contornos y la sabia ejecución nos aíslan, nos absorben y nos trasladan a una realidad ilimitada y trascendente. Los tonos violáceos, color de la reflexión y la melancolía, señorean por todo el lienzo. Imperceptiblemente, afectados por su influjo cromático, la náutica escena va recorriendo los livianos cortinajes que nos separan del mundo sensible, facilitándonos el peregrinaje hacia la introspección.

D.: - ¿Y todo eso sale de un cuadro tan pequeñajo?

M.: - Ahí está su maestría. De hecho, la obra es en sí un ouroboros, una serpiente circular, donde el continente, un cuadro de pequeñas dimensiones nos conduce a las fauces del contenido, un paisaje infinito... de nuestro ser. Lo grande en lo minúsculo, lo menor en lo mayor, lo externo en lo interno como engarces imposibles de una cíclica sinfonía.

D.: - Mareado sí que me siento. Será de tantas vueltas.

M.: - La próxima vez que veas a alguien como yo absorto contemplando una obra de arte, repliega la mueca burlona, tensa las jarcias de tu actitud, alza el velamen de tus sentidos y trata de ceñir los vientos que te lleven hacia su estela. Tal vez, con un poco de suerte, esa nueva singladura te proporcione un fugaz, pero imperecedero, pasaje hacia la eternidad...

D.: - ¡Uf! Desde luego que no se me volverá a ocurrir interrumpir a nadie ¡Sí que se me ha hecho eterno! A propósito ¿podría ya contestarme a la pregunta que le hice al comienzo? ¡¿Qué hora es?!



Pastel de chocolate, à la DeLillo.

Cristina Félix

Lo más importante es el pastel y la mano que mueve la cuchara. Se puede empezar por un Brownie, tiene ese toque anglosajón pero no es una exquisitez, aparentemente.

Pídelo en una cafetería algo chic, no importa el nombre; de esas siempre cercanas a un museo donde la sobriedad construye volúmenes con el mobiliario y el contraste lo conforman camareros de uniforme.

Cuando te lo pongan sobre la mesa, sin mirarlo, lo intuirás porque, eso sí, acudirán a ti múltiples recuerdos fosforescentes, todos anteriores y acumulables: la costra crujiente de horno tradicional y el olor a harina tostada inundando cualquier rincón, como aquellos turbios domingos infantiles al caer la tarde en casa. O los ojos fugaces y avispados ante el pellizquito en la masa para probar la consistencia, el delicioso sabor de la mezcla aún cruda, inacabada y el gesto a escondidas, como un ritual, para evitar manotazos. O el sol reverberando en los muros del patio de recreo, rebotando como el ruido de los juegos y el chocolate del desayuno deshaciéndose en la punta de los dedos con algo de tiza en las uñas de la última clase, sudando ante la pizarra. O el helado de vainilla acompañado del jolgorio de las tardes de pilla-pilla en la calle, la lengua refrescante y provocadora cuando los niños del barrio ya no eran, de pronto, los de antes y nos miraban como si nos acabaran de descubrir por primera vez. Cosas así.

Es muy importante establecer esta reacción en cadena. Si no, no sabe igual.

Ahora abre los ojos y obsérvalo detenidamente. Es cuando lo tienes que ver muy claro: sólo es un plato de porcelana barata, un oscuro trozo de pastel creado por el torpe descuido de un cocinero y un poco de helado. Tú a punto de cumplir los cuarenta y el bizcocho un día o dos. Ahí estamos, los tres. El camarero también se ha dado cuenta. Ha venido a cambiarme la taza de café porque ante mi fijeza ha descubierto un desconchón. Me ha dicho que es un profesional. Está en todo. Eso cree él. Pero tú como ausente, preparada para saborearlo a conciencia, parte con la cucharilla una pequeña porción de bizcocho con un golpe seco y limpio y pronuncia su nombre lentamente y en voz baja, repítelo silabeando una y otra vez hasta que se conforme en tu boca. Piénsalo, así, calibrando su consistencia; sabes que de un momento a otro va a suceder pero puede que en realidad no suceda. Acerca la cuchara despacio, sólo para que te invada el deseo. En ella hay restos de unos labios anteriores a los tuyos, ya tan próximos a tocarse. Mejor abandonar el Brownie en el plato para limpiarla con una servilleta de papel. Es curioso, según por donde mires la cuchara puedes ver tu imagen invertida. Gírala, es tu rostro y ya no lo es. Tu rostro, un tiovivo de gestos secuencia a secuencia.

Es el momento de ampliar el campo de visión para provocar más emociones en paralelo. La cafetería tiene tonos neutros y dos grandes cristaleras, es fresca y umbrosa. Todavía predomina el sopor de la tarde y en un rincón oscuro una pareja se besa. Es mejor establecer límites enumerables y evitar conjeturas.

Entonces, vuelve a ti y mira el Brownie ya troncado para siempre, porque en ese momento, impunemente, inevitablemente, alguien también está mirando, esta vez es a ti. Déjate observar lo suficiente. Quizá sea el camarero, camisa negra, pantalón negro. Pensándote sin acertar nunca. Antes diligente y ahora quebradizo como una silueta de cartón piedra. No es fácil tomarse un pastel con un mirón de fondo. Pero es emocionante ser algo o alguien frente a otro que no sabe nada, no entiende nada, que no presiente el peligro acechándole, expandiéndose como el perfume dulzón del chocolate y la adrenalina en mi piel. Y tú te ríes pero para adentro, entre sombras de una antigua película olvidada, ya lista para la caza.

Levántate y paga antes de que todo sea irremediablemente cierto y no lo puedas contar jamás.



Pequeños desórdenes temporales:

I.- El predicador de Hutteldorfer Straße

Alfonso J. Valencia

Eran las 3 cuando subimos al tranvía nº 49. Y eran poco más de las 3 cuando subió un tipo alto, unos 60 años, delgado, bien vestido, abrigo gris, bufanda negra y una biblia también negra entre sus dedos gastados. De repente se volvió hacia nosotros y se hizo el silencio: Se trataba del predicador de Hutteldorfer Straße.

Alexandra me había hablado de sus andanzas. Se le llamaba así por ser esta calle su principal zona de influencia. Aunque el tipo, según me indicó, no le hacía ascos a dirigirse al centro e incluso internarse por otros distritos más interétnicos a la caza de fieles un tanto obstusos, paganos no bautizados, heréticos o simples incrédulos. Gentes poco proclives al fin a la palabra de Dios. Gentes a las que, de no estar él, nunca les llegaría el mensaje divino convenientemente actualizado. La redención aún era posible.

El día de fin de año tranvías y metros andaban bien cargados (familias felices, parejas con carrito, ancianas de gorrita de piel o al estilo tirolés con pluma de pato incorporada, turcas con coloristas pañuelos y largas faldas, ultras del Rapid de cráneo rapado y pitbull con bozal...), era el día de fin de año, decía, y no era cuestión de dejar pasar una oportunidad tan propicia de transmitir la verdad celestial. A predicar en el desierto que se dedicasen otros, la audiencia es la audiencia y, hasta que no llegase nuestra parada, nosotros teníamos que permanecer ahí, impasibles, atentos, con la cabeza baja si acaso para que no nos clavara sus profundos ojos azules de centroeuropeo, pero oyendo (era lo que en realidad interesaba) la agradable modulación de su voz cuando declamaba los párrafos más significativos del Nuevo Testamento.

"Tiene acento rumano o checo", me informó Alexandra, pero su alemán suena perfecto, casi balsámico, pensé.

El tipo sabía cómo predicar, eso saltaba a la vista, jornadas de frío glacial en las aceras y dura indiferencia en los vagones lo habían curtido en el arte del evangelio a pie de calle, en la trastienda del mensaje bíblico. Dos o tres paradas daban mucho de sí, podían condensarse en ellas la raíz de su doctrina y la esencia de los males contemporáneos: la promiscuidad, las enfermedades venéreas, los embarazos no deseados en las adolescentes, la infidelidad, los anticonceptivos, las citas a ciegas por internet, el sexo gratuito o las bajas pasiones eran sus temas más conmovedores, acompañados siempre de algún que otro caso real que él conocía de primera mano y que podía estar sucediendo allí, dos calles más abajo. Él era el refugio para los descarriados, nuestro salvador, nuestro arcángel personal. Cuando el tranvía se adentraba por las calles del distrito 15, tomaba aire unos segundos, cerraba los ojos, se acercaba a los cristales y los volvía a abrir para mirar con tristeza en dirección a las aceras y clubs donde horas más tarde prostitutas, proxenetas y camellos harían inútil su esfuerzo por hacernos comprender. Era la eterna lucha del bien y del mal que se debatía cada día en las calles de Viena, en los corazones

de los usuarios del transporte público. Y a juzgar por sus ojos humedecidos, por sus ojeras y su tez amarillenta era evidente que se trataba de una batalla perdida y que él, como buen servidor de Cristo, con sacrificio y resignación debía afrontar.

"Lean ustedes la Biblia, ¡por favor!", "Lesen Sie die Bibel, bitte!", nos decía antes de bajar del vagón con aire de redentor derrotado.

II.- I will survive

Alexandra comenzaba a sentirse mal. Volveríamos a tiempo al apartamento de Felbigergaße y aún podríamos descansar un poco antes de la traca final: el vals, los cohetes y todo lo demás. Así que optamos por remontar Kärntner Straße y luego girar a la derecha para coger el metro. Por el camino nos detuvimos en un escenario donde un DJ amenizaba con éxitos del Soul tardío.

Un borracho de los que suelen agazaparse en las escalinatas subterráneas que unen el centro comercial Gerngross con la parada de metro de Neubagäße (al menos daba el tipo: barba descuidada, chaqueta raída y zapatillas de deporte) respondía a los acordes de los Bee Gees o los Jackson 5 con genuinos movimientos de cadera y rítmicos pasos de la vieja escuela. Bailaba solo. Estaba solo. Y al menos parecía feliz, evadido, sin interferencias en el aséptico círculo que los curiosos habían formado entre el mundo desarrollado y su mundo de mierda y miseria. Miraba a los ojos del DJ, su dios entre trago y trago y, sólo cuando sonaban los acordes del "I will survive" de Gloria Gaynor, alzaba los brazos al cielo y se volvía como invitando a los que lo rodeábamos a que diéramos unos pasos hacia él y nos uniéramos.

Y entonces, cuando una mueca de decepción empezó a asomar por sus ojos amarillos, Alexandra me tiró de la manga. Y aunque tal vez nosotros no tuviéramos ninguna cuenta pendiente, ni supiéramos lo que es un frío escalón, ni nos faltase cama de Ikea ni medicación regular, ni el vodka nos hubiese tomado salvaje hace tiempo y circulase rabioso por venas y arterias, comenzamos también a bailar: Alexandra movía sus caderas de chica que empieza a sentirse mal, mientras yo, agarrado a ella y mirando al suelo, un poco avergonzado, me esforzaba por no pisarla.



El año deshecho en instantes

P.V.A.

Enero

La estación es breve y no sirve como meta. Todo es una palabra que el viento deshace, una alternativa a abandonar el pecho materno, un arco iris, una mercancía barata.

La estación se desangra, sonámbula; florece en la mano que sostiene su endeble coraza. Está perdida y lo sabe, pero ella siempre es medianoche, cuando el tiempo no es de un día ni del otro, ni del próximo que tal vez sea una herida que apresure la sorpresa de un final estrepitoso, de un regreso que sea cita, encuentro, placer...

Marzo

Y yo oculto en el vértigo formidable de un viaje que no sólo es aventura, que no sólo es tentativa y afán de conquista, sino que también es amor y solidaridad; no sólo cálculo, también quimera.

Por eso la persecución contra mí se sucedió como las estaciones desde que realicé el primer trabajo; no lo relato porque me aflija comprobar el terror del músculo, la indiferencia de la mente ante los colores. Lo escribo para no olvidarlo, para no ceder a la tentación de crearme un protegido, para no dejar nunca de ser noche a la intemperie, interrogante de pasiones, relámpago de furia en las tardes en que descubro que aún falta mucho para conocerme...

Mayo

Hoy canto sobre la blancura de las olas para transformarlas en lenguaje de interrogación. El mar es una sucesión de puntos suspensivos, un oráculo de nostalgia, y la belleza es el hedor que el alambique conserva después de la obra, cuando el tiempo se embelesa en su propia contemplación, y el artista fluye hacia el incendio de los días, de los meses, de los años tendidos al sol.

Julio

Toma una onza de luna. Cúbrela con el polvo que hallarás esparcido en el sendero del sueño, en la pared de sal que es espíritu y materia del aire. Enciende un fuego que no alcance para calcinar a quien habita la melancolía de los días, al heraldo ciego. Y déjalo vivir, crecer en su camino de colores irisados, y verás cómo pronto el rojo será el dueño del destino, y luego el azul, hasta que el marrón dicte la sentencia, y el negro azabache se deslice fuera del cuerpo, como una herida mortal en un pecho carmesí.

Al negro le sucederá el blanco, y el amarillo, y el cárdeno, y el índigo color de la vida...

Septiembre

Frío y calor es la esencia del tiempo. Huellas desconocidas albergan desde siempre la respuesta del Tiempo ante la presencia del instante. Segundos, décimas, minutos, décadas son parte del sendero que transita entre la cuna y la sepultura – como quería Quevedo – y nos recuerdan que vivir es traicionar la decisión de traicionarnos a nosotros mismos y seguir gobernando nuestros días.

Por hoy ya me callo. He hablado demasiado y nunca debería ...

Noviembre

El mar es el universo en trance hipnótico, una variante de la materia elaborándose a sí misma. Vuelan aves y se posan sobre la quietud del agua, ideas que no logran atravesar la superficie de la mente, prudentes y temerosas. Es posible descubrir el entierro del humo que se celebra en el lecho celeste, la lenta incorporación de una piedra sobre la ondulante paz del elemento.

No tengo palabras para describir este momento. Me subleva la impresión de contemplar al mismo tiempo la esencia y el absurdo de las cosas. Mi niñez crece y se perfila hasta confundirse con mi maduro presente. Estoy en el centro, alma, olvido.

... y Diciembre

Y llegado el final del viaje, con el paso del tiempo he viajado y no he notado el cambio del paisaje. Mi retina visitó el vacío de una huella que se persigue a sí misma y me he dado cuenta de que esta vida es un ejercicio de espejos...

Sigo en el centro, en la certeza enorme e intransferible de saber que el azar sonrío burlonamente a quien sabe apreciarlo. Vivo, siento y gozo en este horizonte de días... La vida y la muerte son dos imposibles que coexisten en la ignorancia que ambas se dedican.

Hasta aquí las palabras, ahora los silencios ...



ÍNDICE:

Amor fati, - Benito Arias

El Tiempo, ¿realidad física o invención del hombre? - alumnos 1º D
Bachillerato, Coordinador: Santiago Herrera.

También Crono devorará a sus hijos - Tomás Cuesta

Crono - Alba García, alumna 1º A Bachillerato

Certamen literario “ Día del libro” - Poemas y microrrelatos ganadores

El tiempo como cronó-metro - Pablo Villar

Pasaje a la eternidad - Guillermo Méndez

Pastel de chocolate, à la DeLillo - Cristina Félix

Pequeños desórdenes temporales - Alfonso J. Valencia

El año deshecho en instantes - P.V.A.

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DEL
I.E.S. JUAN DE LA CIERVA

Nº 6: “ EL TIEMPO “



“En algún momento he vivido tanto con cada uno
de vosotros que olvidé que el tiempo pasaba”

(*Silvia Guerra*)

